

CAPÍTULO 6

ANÁLISIS DE DATOS (AUTO)BIOGRÁFICOS E INFORME

El discurso hablado de las entrevistas o relatos orales deviene, normalmente, en texto, perdiendo las referencias ostensivas originarias, para adquirir otras no meramente situacionales. Esta operación, como ha resaltado Bourdieu (1999), no es inocente, es ya una traducción o reescritura. Permanecer fiel al registro magnético, aparte de imposible (entonación, tempo, ritmo), lo haría ilegible. Por tanto, el *transcriptor se convierte en intérprete*, como el actor de una pieza teatral. En un excelente trabajo Mishler (1991) ha mostrado como los propios «cortes» que se efectúan en la transcripción del discurso oral ya están induciendo una determinada interpretación e impidiendo otras. No estamos ahora ante la comunicación interactiva entre personas sino ante un corpus textual, objeto de interpretación.

Además de todo lo relacionado con la recogida de documentos biográficos, el verdadero problema es el *análisis de las entrevistas biográficas*. En términos de Miles y Huberman (1984) se trata de *reducir* la información y *desplegar/estructurar* los datos para, en una última fase, determinar relaciones y *extraer/verificar* conclusiones. El análisis propiamente consiste en transformar los datos en resultados de investigación. El problema es cómo hacer dicha transformación. En este capítulo, revisamos extensamente cómo se encuentra encallado, entre estos dos extremos:

- (a) Un *análisis no formalizado*, propiamente narrativo, en una tarea cercana a la descripción literaria o buenos reportajes periodísticos. Por ello mismo, tiene problemas para justificar los análisis de acuerdo con criterios académicos, aun cuando este tipo análisis no tiene por qué ser ingenuo o meramente intuitivo.
- (b) Un *análisis formalizado* que, cuando es fuerte, llega a querer ser un «lenguaje de variables», para acercarse a un análisis que

pretende ser «cuantitativo», como se muestra en los procedimientos numéricos de relaciones y porcentajes de categorías cuantificadas.

El análisis es, en una analogía de LeCompte, montar un cierto rompecabezas, del que –en primer lugar– las piezas no están dadas, sino que deben ser determinadas. A través de un marco interpretativo nos orientamos para organizar los datos, reuniendo las más parecidas por un lado; las más dispares, por otro; y, finalmente, identificando las líneas de relación establecidas, que hagan coherente el cuadro dibujado del rompecabezas inicial. En fin, como veremos, en la investigación biográfico-narrativa el problema metodológico es combinar, de modo productivo, un estilo más analítico (etic) con otro descriptivo (más emic). Es decir, tratar el material de manera rigurosa y sistemática, sin que pierda por ello su riqueza de matices y su diversidad. Algunos intentan resolverlo, como se desprende en *La miseria del mundo* de Bourdieu y su equipo, entregando de modo ordenado el material biográfico al lector, para que sea éste el que conjugue ambos planos.

En congruencia con el *enfoque propio defendido*, abogaremos aquí por dar prioridad a lo que antes hemos llamado «análisis narrativo», pero –para que dichos relatos sean relevantes a propósitos de investigación– lo combinaremos también con su reconstrucción de acuerdo con determinados modos paradigmáticos aceptados de analizar la información. Al fin y al cabo será preciso, como en la investigación cualitativa, comparar, contrastar, agregar, ordenar, reducir, establecer relaciones, y teorizar. Se trata de cómo reconstruir historias de vida narradas, cuyo objetivo, como señala Van Manen (1990: 4), es «explicar el significado de los fenómenos humanos... y comprender la estructura vivida de significado».

EL ANÁLISIS DE NARRATIVAS

El relato de vida en estado bruto (conjunto de transcripciones) forman –como dice Legrand (1993: 204)– un «magma». Dar sentido a los datos biográficos recogidos (entrevistas, informes biográficos, notas de campo, otros documentos personales) puede ser una empresa intelectual frustrante, si no se tiene algún tipo de marco teórico y propuestas metodológicas para resolverlo. Como decíamos en otro lugar

(Bolívar, Domingo y Fernández, 1998), trabajar con biografías puede llevar como a aquel funcionario del registro civil de la novela (*Todos los nombres*) de José Saramago que, al intentar reconstruirlas, nos conduzca a querer rehacer el caos del mundo.

El problema es cómo analizar este magma, con algún tipo de análisis formalizado de datos cualitativos o análisis narrativo, de modo que se pueda organizar una secuencia coherente, a partir de unas categorías temáticas, en unos ejes de coordenadas temporal o temático. Es tarea del biógrafo unir –del cúmulo de experiencias narradas y registradas– un cuadro polifónico con sentido, en lugar de una cacofonía de discursos fragmentados y disonantes. Así, el tiempo subjetivo del narrador debe ser reconstruido por el biógrafo en un tiempo «objetivo». Como comenta Huberman (1998: 197) sobre su investigación de fases en la carrera docente,

datos como estos son los que vuelven locos a los especialistas en ciencia social. Ambigüedad, contradicción, ambivalencia son obstáculos para la medición, el análisis y la interpretación; y es lógico que lo sean...; [por lo que requieren] formas de representación expresivas (como las narrativas, realistas o de ficción) para poder ser captadas sin gran distorsión...Se podría decir que es más fácil analizarlas en su propia salsa, con métodos más fenomenológicos.

Si el objetivo del análisis biográfico es abarcar la vida total de un individuo/grupo, se debe recrear el conjunto de experiencias biográficas de una persona, diferenciando lo relevante de lo accesorio. El análisis no consiste tanto en acumular, sino en ir «podando» muchos de los datos que se han ido acumulando. En una buena analogía decía Harry Wolcott:

Esto supone no dejar de aventar, para separar el trigo de la paja. El truco consiste en descubrir lo esencial para revelarlo después en un contexto suficiente, pero sin llegar a enredarse pretendiendo incluir todo aquello que se podría describir. Las posibilidades de las cintas, vídeos, y hoy de los ordenadores nos obligan a hacer precisamente lo contrario; tienen el apetito y el estómago de Gargantúa. Dada la posibilidad que tenemos de almacenar cantidades siempre crecientes de datos –montañas de datos–, debemos tener cuidado de no vernos sepultados por avalanchas de lo que nosotros mismos acumulamos (en Stake, 1998: 77-78).

Tipos de análisis narrativo

Lieblich *et al.* (1998) proponen un modelo para clasificar y organizar los tipos de análisis narrativo, según dos grandes dimensiones (contenido *vs.* forma, y holístico *vs.* categórico). La dimensión *holístico/categórico* se refiere a la unidad de análisis: el texto como un todo, o unidades temáticas o categóricas sacadas del texto. En el tradicional análisis de contenido, por ejemplo, el relato es dividido minuciosamente en unidades categóricas extraídas del texto. Por el contrario, los análisis holísticos toman la historia de vida de una persona como un todo, siendo cada parte interpretada en función de las restantes. El categórico se suele utilizar cuando se analizan varias o muchas narrativas, en la medida que permite compararlas entre sí. El holístico es preferible cuando se trata de analizar la historia de vida de una persona independientemente.

La segunda dimensión (*contenido/forma*) alude a la dicotomía habitual establecida en el análisis literario de textos. Así se puede uno centrar en el contenido: lo que sucedió, por qué, personas que intervinieron, etc.; o incluso en el contenido implícito. Por el contrario, como ha revalorizado el análisis estructuralista, cabe concentrarse en la forma: estructura de la narración, partes del discurso, secuencia de eventos, relación temporal, coherencia, etc.

Interseccionando las dos dimensiones daría una matriz de cuatro modos de leer/analizar la narrativa (Tabla 15).

Tabla 15. Clasificación de tipos de análisis narrativo

	Contenido	Forma
Holístico	H-C	H-F
Categórico	C-C	C-F

El modo de lectura *holístico del contenido* (H-C) emplea la historia de vida completa de un individuo y se centra en el contenido que presenta, analizando el significado de cada parte a la luz del que emerge del resto de la narrativa o en el contexto de la totalidad del relato. El análisis *holístico de la forma* (H-F) encuentra su mejor expresión en la búsqueda de la trama o estructura global de una historia de vida; por ejemplo la progresión, declive o estabilidad de una trayectoria desplegada en la trama del relato. Para este tipo de análisis se recurre a

la teoría lingüística y crítica literaria (teoría o gramática del texto, análisis estructural del relato, etc.).

El enfoque *categórico del contenido* (C-C) suele ser familiar bajo el habitual «análisis de contenido». Fragmentos del relato son clasificados en las correspondientes categorías/grupos de análisis. Este tipo de análisis, como señalamos después, es dependiente, a pesar de sus reformulaciones, de los primeros análisis de material cualitativo, muy herederos de los análisis americanos de los años 50 sobre la propaganda en textos periodísticos, que trataban de transformar el discurso en material cuantitativo. Por el contrario, el modo *categórico de la forma* (C-F) se centra en características lingüísticas o estilísticas discretas —a nivel micro— de unidades definidas de la narrativa. Si el análisis temático de contenido (tipo categorías) reduce la secuencia narrativa (sintagmático) a núcleos temáticos aislados (semántico), desapareciendo la dimensión temporal de la narrativa, debe complementarse paralelamente con análisis (holísticos o categoriales) de la forma.

Cada uno de estos modos de análisis pueden ser más pertinentes según los tipos de cuestiones de investigación, requieren diferentes tipos de textos, y son más apropiados o no, según sea una sola historia de vida o varias cruzadas. En cualquier caso, sin desdeñar los análisis categóricos, optamos como más preferibles, en una investigación narrativa, por análisis holísticos. Como ha dicho Dominicié (1990: 131-132):

El enfoque biográfico introduce una dimensión literaria en el campo científico. La palabra registrada merece otra atención que la simple reducción a unas categorías de análisis. El texto reclama a menudo ser citado tal cual para que su sentido sea legítimamente restituido. (...) Un análisis de los relatos que se apoye sobre un método de reducción o de clasificación de la información obtenida no es satisfactorio.

¿Cómo analizar las entrevistas biográficas?

A pesar de la extensa bibliografía y multitud de propuestas de recogida y —sobre todo— de análisis de datos, como vamos a ver, es preciso reconocer que arrastramos un *grave déficit metodológico* sobre cómo analizar las entrevistas biográficas, que son discurso narrativo. Dos obras recientes, del contexto francés, nos pueden servir como ejemplo. En *Cómo analizar las entrevistas biográficas*, Demazière y Dubar (1997), si bien hacen una fundamentada crítica de los métodos convencionales de análisis, cuando llegan a proponer como alternativa el análisis

estructural de relatos, tipo Barthes, no nos parece una salida definitiva. Por su parte, Pierre Bourdieu (1999) en su extensa obra sobre *La miseria del mundo*, aparte de los lúcidos análisis a que nos tiene acostumbrados, recoge —como hemos señalado— las entrevistas, tal cual, debidamente transcritas, ordenadas y tituladas. El argumento principal es «dar los medios para comprender, es decir, tomar las palabras de la gente como son», renunciando a cualquier trabajo de análisis (categorial o no) sobre el texto mismo. De este modo pretende conciliar dos objetivos no fácilmente conciliables: la mayor fidelidad posible a las voces de la gente, y hacerlo de manera que sean legibles, lo que impide una mera transcripción fonética.

Demazière y Dubar (1997) rechazan como insuficientes tanto una postura ilustrativa que se limita a hacer un uso selectivo de las palabras de los entrevistados al servicio de lo que quiere mostrar el investigador, como una postura hiperrealista que trata de dar todo el valor a las propias palabras de los entrevistados, como si las palabras fueran por sí mismas transparentes. En su lugar defienden un modo analítico de abordar las entrevistas, con una teoría generada del análisis de los datos, y decidiéndose por un análisis estructural de los relatos biográficos. En este sentido piensan que las diferentes técnicas de análisis de contenido son inadecuadas para analizar las entrevistas biográficas. En la primera parte de su obra, Dubar y Demazière (1997) hacen una buena crítica contra las metodologías más asentadas (Figura 17).

[1] Postura «ilustrativa»

En función de hipótesis y marcos previos, se extraen *ad hoc* (es decir, descontextualizados) trozos o párrafos que permitan ejemplificar, concretar o ilustrar lo que ya, previamente, se pretende demostrar. Se hace un uso selectivo de las palabras de la gente con una finalidad ilustrativa: afirmaciones diversas son ejemplificadas, para apoyar afirmaciones del investigador, por citas sacadas de las entrevistas y atribuidas a tal o cual encuestado.

En una primera variante de este procedimiento, se comentan extractos de la entrevistas, parafraseándolos, según el bricolaje que cada investigador confecciona. La cita no aporta nada, solo refrendar lo que se quiere decir, pretendiendo un vano fundamento empírico o efecto de verdad. La palabra de los sujetos es reducida al *status* de anécdota que ornamenta los comentarios del investigador. Por eso, se suelen escoger —incluso entrecortando— los pasajes que mejor prue-

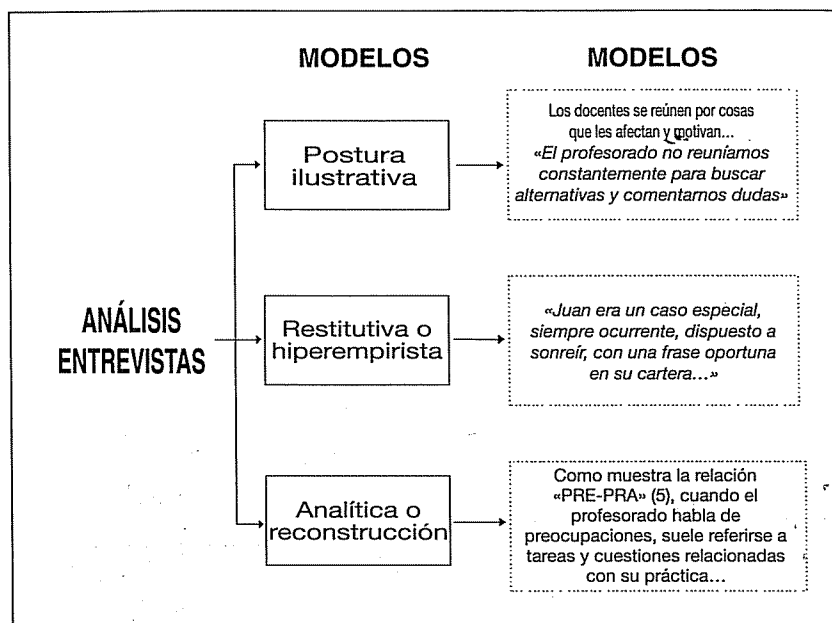


Figura 17: Posiciones en el análisis de las entrevistas.

ben, ilustren o convengan. En una segunda variante, el uso de la cita está orientado hacia la confirmación de una hipótesis. La afirmación contenida en una cita quiere confirmar lo que se pretende. Ilustrar es querer verificar, sin haber podido respetar las reglas metodológicas del análisis empírico de la causalidad.

Las entrevistas se retraducen a un sistema de categorías (explícitas o implícitas) elaborado anteriormente. Se hace, entonces, un uso instrumental, despreciando parte de la riqueza del propio material, en función de lo que se ha determinado previamente. El lenguaje de los entrevistados se subordina al poder del investigador, que lo puede manipular como desee para sus propios fines. Como comentan Demazière y Dubar, hay aquí una concepción del lenguaje subyacente caracterizada porque la palabra intercambiada en la situación de una entrevista no tiene consistencia propia, es informativa y constituye un conjunto de afirmaciones que pueden ser seleccionadas por el investigador sobre la base de sus hipótesis teóricas. Esta palabra adquiere sentido cuando queda integrada en una teoría exterior al texto mismo. La expresión de la subjetividad es un elemento del que debe prescindirse.

[2] Postura «restitutiva» o hiperempirista

Por el contrario, en este caso, para no «traicionar» la palabra de los sujetos, se contenta con restituir simplemente las entrevistas en su retranscripción literal, reduciendo los comentarios al mínimo. Las palabras de los entrevistados son recogidas *in extenso*, en una especie de hiperempirismo frente al procedimiento anterior. Se supone, en este caso, que la palabra y discurso es expresión transparente de sus prácticas, «habla por sí misma», por lo que restablecer el discurso recogido en un texto es la tarea de la investigación narrativa. El sentido es accesible directamente, basta leer para comprender.

Caben dos formas de «restituir» el discurso. Una primera, acorde con la etnometodología, en oposición a tendencias anteriores, propugna restituir las palabras que los miembros de un grupo efectúan en el curso de sus acciones. Recoger y volver a situar las cuentas rendidas en el trabajo de campo es el principal trabajo del investigador. Una segunda, muy presente en los relatos de vida y entrevistas biográficas, recogen de modo exhaustivo el material bruto de las entrevistas, como hace Bourdieu (1999), con comentarios externos sobre el contexto o sobre cómo comprenderlas. De este modo, la publicación de un amplio corpus de entrevistas forman el grueso de la investigación. El propio lector debe realizar el trabajo de análisis.

En cualquier caso, al poner los títulos y subtítulos, ordenar, transcribir y seleccionar, ya se está analizando. Y es que las entrevistas no hablan por ellas mismas; si se las quiere comprender, es preciso que el investigador las retraduzca y analice, por lo que no debe limitarse a ser portador de la palabra de una persona o grupo. El asunto es cómo se hace, de modo que se introduzcan «categorías» suficientemente ricas, que —como analizadores— permitan entrar en la lógica interna del modo como el entrevistado categoriza su vida o el mundo. En su lugar, apuestan por esta tercera posición:

[3] Postura analítica y de reconstrucción del sentido

Dubar y Demazière piensan que no basta ilustrar con citas descontextualizadas teorías previas, ni tampoco restituir las entrevistas transcritas, dejando al lector que saque sus conclusiones. Una postura analítica busca producir, de modo metódico, sentido a partir de la explotación de las entrevistas de investigación. Proponen tres principios:

1. Una entrevista no es solo una simple fuente de datos del mundo o de las personas, son hechos del lenguaje, es decir, puesta en palabras del mundo social, y así deben ser vistas y analizadas. Por tanto, se plantea cómo podemos aprender de un cierto tipo de discurso y de sus lógicas internas de constitución, sin creer que los hechos pueden ser aprehendidos de modo transparente. Las entrevistas (y su texto transcrito) son fenómenos discursivos, y deben ser tratados como tales. Es analizando el uso que se hace del lenguaje por el entrevistado como podemos establecer los sentidos posibles de lo que dice.

No obstante sobrevalorar este ángulo tiene el peligro de centrarse en el universo de sentido de los individuos, desdeñando su «universo de vida». Si, en efecto, se debe hacer un análisis del discurso, también el análisis temático debe ocupar su lugar.

2. Estas buenas categorías no deben ser presupuestas, sino generadas por pasos en un largo proceso de análisis, de comparación y tipologización. Se puede seguir la «teoría fundamentada» de Glaser y Strauss (1967), en un proceso inductivo, que permita una «teorización» progresiva a partir de los materiales empíricos.

3. El asunto es cómo hacer esta inducción, extrayendo las categorías de análisis a partir de los datos de las entrevistas, de modo que den cuenta del sentido que los entrevistados atribuyen subjetivamente a sus prácticas. Ellos piensan, no obstante, que las propuestas de Glaser y Strauss se quedan un tanto cortas; puesto que sacar el sentido a partir de los hechos del lenguaje supone unos medios metodológicos más fuertes que la categorización, para lo que proponen buscar apoyos en la semántica estructural, tal como ha sido desarrollada en Francia por Barthes y Greimas en los sesenta y setenta.

Dubar y Demazière deciden reactivar y aplicar esta teoría lingüística, lo que exige —por un lado— un fuerte trabajo de formalización de los textos, y —de otro— una atención privilegiada a las oposiciones, relaciones diferenciales, conjunciones, etc., para descubrir el sentido y el código narrativo implícito. Esto supone una cierta contradicción (Demazière *et al.*, 1999), pues si bien dicen defender un enfoque inductivo fuerte, no lo es tanto cuando se recurre de antemano a una teoría como la semántica estructural. Además, poner en marcha unos dispositivos analíticos tan complejos, da lugar —contra lo que se pretendía— a una excesiva formalización. Los buenos principios teóricos tienen, entonces, graves dificultades para traducirse en procedimientos metodológicos de análisis coherentes.

El problema de analizar narrativas biográficas

El asunto entonces está, como ha mostrado el debate anterior, si un análisis (formalista) al modo paradigmático, fragmenta y descontextualiza el discurso de los profesores mediante elementos codificables (Polkinghorne, 1995), y para ello debiera cifrarse a representarlo sin expropiarlo. Pero una «fidelidad» extrema al propio discurso, limitaría el análisis a proporcionar otra narrativa de la información recogida, solo que ahora el discurso se encuentra enhebrado. Por eso, si no queremos dejar las cosas como están, como dice Goodson (1996), los relatos de los profesores (narrativas de acción) requieren una «genealogía del contexto». Las relaciones entre quien informa y analiza la información no pueden limitarse a «tomar nota». La tarea es, por una parte, descifrar significativamente los componentes y dimensiones relevantes de las vidas de los sujetos, y —por otra— situar los relatos narrativos en un contexto que contribuya a proveer una estructura en que tome un sentido más amplio. Para que los relatos sean relevantes a propósitos de investigación, deben ser reconstruidos de acuerdo con determinados modos paradigmáticos aceptados de analizar la información.

No obstante, es evidente, está surgiendo un rechazo a la tendencia creciente en la investigación narrativa a «recortar» las voces de los profesores y profesoras «registrados», según el gusto del investigador, manipulando el discurso originario. El asunto se juega en lograr un equilibrio entre una interpretación que no se limite —desde dentro— a los discursos de los entrevistados, ni tampoco una interpretación —desde fuera— que prescindiera de los matices y modulaciones del discurso narrado. Entre un extremo y otro, parece que el propósito, como dice Geertz de la etnografía, deba ser la «descripción del mundo en el que adquiere sentido, sea éste como fuere» o crear «un contexto dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa». Superar el mero «collage» de fragmentos de textos mezclados *ad hoc*, implica que el investigador debe penetrar en el complejo conjunto de símbolos que la gente usa para conferir significado a su mundo y vida, logrando una descripción lo suficientemente rica donde obtengan sentido.

Recurriendo a la metáfora del paisaje, Bruner (1988) decía: «el relato debe construir dos paisajes simultáneamente»: el paisaje exterior de la acción y el paisaje interior del pensamiento y las intenciones. Nos encontraríamos, entonces, en que hay un doble discurso: enunciado de hechos o acontecimientos, y lo que piensa/siente ante ellos. Se evoca el pasado junto a un juicio sobre su vida y presente, lo que sus-

cita la anticipación de futuros posibles. En relación con el primer paisaje, a lo largo de las entrevistas o narraciones biográficas se hacen continuas referencias a acontecimientos externos en relación a los cuales se va inscribiendo la vida. Además de esta *función referencial* (describe el estado de cómo son las cosas), hay una *función modal* (lo que se piensa de ellas), e incluso una *función de acto* (alterar el estado del oyente). Si el primer tipo de discurso, con función referencial, puede ser categorizado; el segundo, más modal, no se deja atrapar con categorías temáticas.

Margaret LeCompte (1993) ha hablado del problema de tener que practicar una «doble descripción», una *visión binocular*, en la investigación narrativa. Por una parte se necesita un retrato de la realidad interna del informante; por otra, se tiene que inscribir en un contexto externo que de significado y sentido a la realidad vivida por el informante. Si hay que situar las experiencias narradas en el discurso dentro de un conjunto de regularidades y pautas explicables sociohistóricamente, pensando que el relato de vida responde a una realidad socialmente construida, sin embargo, no puede desdeñarse que es completamente única y singular. En fin, estamos ante el dilema, ya referido, de conjugar un punto de vista del nativo (*emic*) y del investigador (*etic*). En muchas ocasiones los papeles del cognoscente y conocido cambian o, mejor, dejan de diferenciarse para conjuntarse, rompiendo con lo que ha sido un principio intocable de la objetividad cognoscitiva.

Unas propuestas metodológicas

Dando una prioridad a las palabras de la gente, parece que una «teoría fundamentada» en los discursos recogidos, en sus últimos desarrollos (Strauss y Corbin, 1998), es un camino a proseguir. Frente a metodologías de tipo hipotético-deductivo que buscan confrontar teorías previas con los datos empíricos al modo ilustrativo, la *Teoría fundamentada* es un enfoque inductivo, dirigido a generar (no a descubrir) teoría a partir de los datos en el propio curso de la investigación. Es una metodología general para desarrollar teoría que esté derivada o fundamentada en datos obtenidos y analizados sistemáticamente. La «teoría» es entendida aquí como un conjunto determinado de conceptos relacionados, que constituyen un marco integrado para explicar fenómenos.

Se parte de los materiales recogidos, que son *microanalíticamente* (línea a línea) trabajados para generar las *categorías* de los datos. Determinados dispositivos y técnicas permiten realizar el proceso de *codificación*, integrándolos en categorías que relacionen la estructura (fenómenos o hechos) con el proceso (secuencias de acciones). Las relaciones establecidas en matrices y las comparaciones permitirán que la teoría sea generada de los datos. Teorizar a partir de los datos, puesto que no hablan por ellos mismos, y hacer investigación social son dos partes de un mismo proceso. Las interpretaciones deben incluir las perspectivas y voces de la gente que es objeto de estudio.

En la investigación de Kelchtermans (1993), el análisis interpretativo de los datos narrados biográficamente se formula como una *generación de categorías* procedentes de los datos, y la *asociación/relación* entre las categorías inducidas. La credibilidad y confirmabilidad de los datos será fruto de un análisis de «*subjetividad disciplinada*», mediante un *doble análisis* (Figura 18):

- (a) *Vertical/Estudio de caso*: se analizan los soportes estructurales de la historia de cada relato de vida como caso individual.

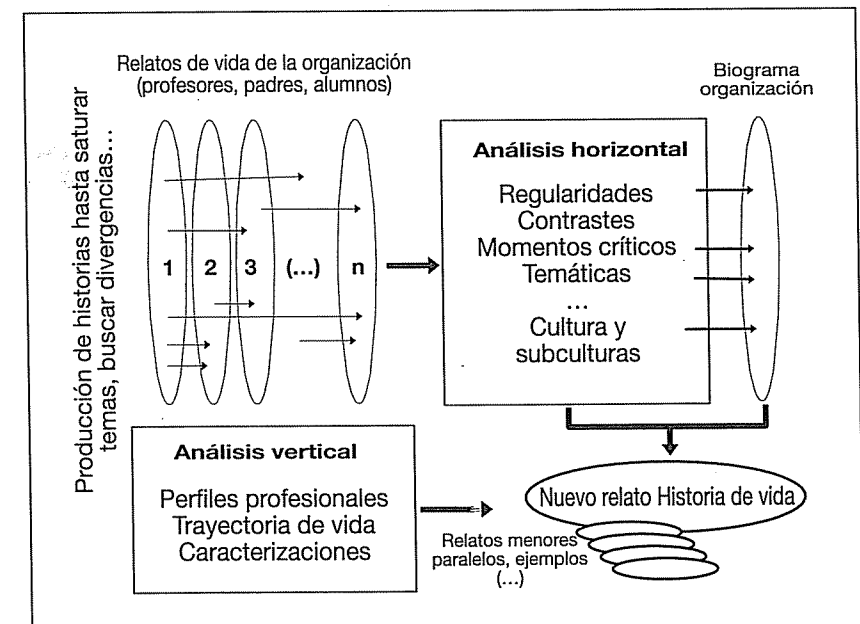


Figura 18: Doble análisis de las entrevistas biográficas.

Se clasifican, comparan y sintetizan por medio de categorías de análisis de contenido. Estas categorías suelen ser de dos clases: cronotopografía de tiempos y espacios diacrónicamente ordenados, y universos de creencias (valoraciones acerca de las primeras). El estudio vertical va siendo contrastado/consensuado durante el ciclo de entrevistas, y da lugar a un «perfil biográfico profesional» o, en la formulación de Demazière y Dubar (1997), a una «forma identitaria» específica.

- (b) Horizontal/Análisis comparativo: comparación de cada forma/perfil biográfico de vida, para ver patrones concurrentes, temas comunes o regularidades, solapamientos y divergencias en los ciclos de vida de los profesores. Denzin (1986) defiende la triangulación interactiva de diversas historias referidas a un mismo tema, con especial atención a los casos negativos como elemento clave para la interpretación de historias de vida. Ambos tipos de análisis, como indica la Figura 18, confluyen en la elaboración por el investigador de un nuevo relato o historia de vida, que es propiamente el informe de investigación.

Por su parte, desde un enfoque de *reconstrucción hermenéutica*, Rosenthal (1993) distingue en el análisis de los datos biográficos dos niveles, que se coimplican:

- (a) Análisis genético de la historia de vida: reconstrucción del significado biográfico de las experiencias ocurridas en su curso temporal, según la secuencia cronológica que establece el narrador de la autobiografía.
- (b) Análisis temático de los relatos de vida: estudio de los temas y aspectos narrados, según el significado que le otorga el biógrafo/investigador.

Es tarea del análisis biográfico conjuntar los acontecimientos/eventos, a veces atomísticos, en una secuencia interrelacionada de temas, de modo que configuren una red. El análisis temático lo define Rosenthal (pág. 64) como «la suma de eventos o situaciones presentadas en conexión con el tema que forma el foco central». Siguiendo los principios generales del análisis cualitativo, señala los siguientes pasos en el procedimiento de análisis:

- (1) Análisis de datos biográficos: antes de embarcarse en el análisis temático, es preciso hacer la cronología de la historia de vida narrada.

- (2) Análisis temático del campo: forma y estructura del relato de vida, según temas ordenados temporalmente. Conviene distinguir subunidades del texto en la secuencia, así como las narraciones (experiencias) de las argumentaciones (perspectiva actual del entrevistado).
- (3) Reconstrucción de la historia biográfica. Después del análisis temático, se reconstruye el significado de la perspectiva del pasado, de las experiencias que han sucedido en el tiempo.
- (4) Microanálisis de segmentos de texto individuales. En esta parte las hipótesis que se han establecido anteriormente son contrastadas y apoyadas mediante el análisis de segmentos de textos.
- (5) Comparación contrastada entre el relato narrativo y la biografía realizada. En la fase final del análisis hermenéutico se requiere contrastar las interpretaciones realizadas con el sentido contextual de los relatos.

Lo que sucede es que el asunto no es solo técnico, tiene fuertes implicaciones epistemológicas, como hemos reflejado en el Capítulo 3, y esconde también cuestiones morales y políticas, en las relaciones entre investigador e informantes: si el investigador está legitimado y debe tratar a su modo analíticamente el discurso de los sujetos; o debe describir lo que dicen o piensan.

La cuestión última es qué *status* se le debe dar a las palabras de la gente o, en otros términos, si lo biográfico es complementario o deba tener autonomía; en cualquier caso *cómo re-presentar las voces*, en una coyuntura de crisis de la representación. Estas no son transparentes por ellas mismas de la realidad, construyen discursivamente un mundo vivido por los agentes, la entrevista obedece a reglas específicas de producción de sentido. Ni las posturas *ilustrativas* (extractos de entrevista, citados para ilustrar lo que se dice, en una «apropiación selectiva de las voces de los profesores», que también ha dicho Hargreaves), ni en el caso extremo, el *textualismo* radical (otorgar un gran lugar a la palabra de los entrevistados, restituyendo las palabras como si ellas mismas fueran transparentes), resultan hoy sostenibles.

La salida intermedia de un *análisis categorial* (con todas las variantes, incluidos programas por ordenador, de análisis de contenido), ha conducido a un cierto desengaño, pues no estamos ante textos informativos, sino ante relatos biográficos que construyen humanamente (sentir, pensar, actuar) una realidad. Se ha reparado poco en que el aná-

lisis empírico de contenido categorial surgió inicialmente (Berelson) para el tratamiento de textos informativos o periodísticos, donde la dimensión personal-afectiva está ausente; por ello su aplicación a textos que no describen hechos sino que reconstruyen un mundo/vida en el propio discurso es siempre deficiente, nunca cabe atrapar los matices de la narrativización de una vida bajo una categoría temática.

El análisis categorial de contenido, como lo definió Berelson, se cifra en el «contenido manifiesto», dejando de lado todas las dimensiones subjetivas. Analizar la frecuencia de cada categoría comparándolas con otras, ahora revitalizados por la ayuda del ordenador, puede dar la impresión de un análisis «científico», pero a la hora de comprender la narrativa aporta poco. Demazière y Dubar (1997: 94) llegan a afirmar que, en el caso de las entrevistas narrativas, «las diferentes técnicas de análisis de contenido son inadecuadas para el análisis de las significaciones que queremos realizar». No obstante, cabe combinar análisis cualitativos y hermenéuticos del contenido, con los propios análisis cuantitativos, en una conjunción fructífera.

INFORME DE INVESTIGACIÓN: ELABORACIÓN, PRESENTACIÓN Y AUTORÍA

Es intencionalmente como la narrativa de caso se convierte en algo diferente de un simple registro de experiencias; se convierte en un producto del estudio de caso. Y a través de la destreza artística con que produce su narrativa de caso, el científico social se convierte en algo más que un narrador objetivo de experiencias: se convierte en un filtro narrativo a través del cual se modela la experiencia y se le da sentido.

ZELLER (1998: 312)

Interpretar es dar significado a los hechos o datos, en un proceso de reconstruir, trasladar o encajar las distintas piezas, en un buen bricolaje. Aun cuando cada comunidad de científicos sociales tiene sus criterios propios para juzgar la adecuación de una interpretación, en último extremo –como defiende Denzin (1994)– es un *arte*, más que un conjunto de fórmulas que mecánicamente se puedan seguir. La interpretación de los datos es dependiente del tratamiento que se haya hecho de ellos (categorías, pautas, temas, relaciones, aspectos comunes, etc.), pero no se identifica con él; más prioritariamente dependerá de las cuestiones planteadas en la investigación. Las hipótesis extraídas de un caso singular, pueden tener un signifi-

cado más general, al inscribirlas en un marco teórico y en un contexto de sentido.

Una parte relevante de la competencia investigadora consiste en la habilidad para ver una coherencia (a menudo implícita) en los datos. Toda interpretación es una indagación sobre el significado de los datos. Si empleáramos la metáfora del *iceberg* para describir las dos clases de actividades que constituyen la interpretación, como hace Gudmundsdottir (1996), la punta del iceberg sería la interpretación formal o explícita que, a partir de los datos, normalmente se suele hacer. Pero la mayor parte del iceberg permanece oculta o sumergida, que se corresponde con la interpretación informal o implícita. Ambas forman parte del mismo iceberg, o –mejor aún– la segunda debía ser el fundamento de la parte sobresaliente.

La investigación biográfico-narrativa da lugar a un *informe*, que es –a su vez– una particular forma (reescritura del sentido de los discursos) de relato, que será leído (y, tal vez, consensuado), en primer lugar, por el/os narrador/es, y –en segundo lugar– por un público lector más amplio. Una buena investigación narrativa no es solo aquella que recoge bien las distintas voces sobre el terreno, o las interpreta, sino también aquella que da lugar a una *buena historia* narrativa, que es –en el fondo– el informe de investigación. Éste es siempre una recreación de la narración del/os informante/s, por lo que el investigador, practicando un cierto «arte del bricolaje», debe unir las diferentes piezas de modo que otorguen un significado. Cuando desaparece el carácter narrativo en el informe, por un fuerte tratamiento categorial o analítico, la investigación ha dejado de ser narrativa.

En cualquier caso, tampoco cabe limitarse a ordenar los textos recogidos. Entre uno y otro extremo se juega un buen informe de investigación. Van Manen (1988) habla de que puede haber hasta siete estilos de presentación: realista, impresionista, confesional, crítico, formal, literario, o una conjunción de los anteriores. El informe convencional (tipo aconsejado por la Asociación de Psicología Americana), con un marco teórico donde se enuncia el problema y revisa la bibliografía, se formulan las hipótesis, el diseño y procedimiento seguido, datos, resultados y conclusiones o implicaciones; es evidente que impone un marco forzado en que no encaja la investigación propiamente narrativa.

El informe de una investigación narrativa debía ser él mismo narrativo. Como señala Zeller (1998: 296), «paradójicamente, si bien muchos investigadores en las ciencias humanas han rechazado una concep-

ción positivista de la objetividad en la metodología de la investigación, no han rechazado su influencia sobre el estilo de redacción», que sigue muy pegado a la normativa de la Asociación de Psicología Americana (APA). Para eso propone que en la forma de presentación se podría aprender mucho de la nueva etnografía, el nuevo periodismo y de los relatos creativos de ficción y no ficción (por ejemplo, novelas de realismo social). Así, las estrategias narrativas empleadas por los periodistas más innovadores pueden servir de modelo para la redacción de los informes de casos. Como ejemplo Tom Wolfe, en su trabajo sobre *El nuevo periodismo*, propone los siguientes cuatro esquemas de escritura para lograr la inmediatez o verdad narrativa de los buenos relatos en el «periodismo literario»:

- Construcción escena por escena contando la historia en episodios.
- Desarrollo del personaje a través de un registro completo de diálogos.
- Ubicación de un punto de vista subjetivo de tercera persona, experimentando un acontecimiento a través de la perspectiva de uno de los participantes.
- Detalle cuidadoso del «status» —o rango— de los participantes de una escena: sus gestos habituales, hábitos, modales, costumbres, estilos de mobiliario, vestimenta, decoración, modos de comportarse con los niños ..., y otros detalles simbólicos que podrían existir dentro de una escena.

Si bien la voz del narrador y, también, del investigador deben estar presentes en el texto, el informe de investigación debe tener una coherencia: «La credibilidad de una narrativa cualitativa —dice Eisner (1998: 71)— es la coherencia o severidad del argumento que presenta». Otros criterios conocidos en la investigación cualitativa son igualmente aplicables aquí. Así es preciso una «triangulación» de los datos o confluencia de múltiples fuentes de evidencia que apoyen las conclusiones aducidas.

Las múltiples evidencias presentadas y la trama desarrollada en el discurso, a través de estudios de caso, deben —en último extremo— *persuadir* (Zeller, 1998); si se toma este término, de acuerdo con la «nueva retórica», no en un sentido peyorativo, sino como una forma de argumentación «razonable», con argumentos motivados que convencen de lo que se describe. Pero también, pues al fin y al cabo la narrativa tiene apoyos en la retórica, porque las estrategias narrativas desplegadas en el Informe de Investigación logran provocar la adhesión o

asentimiento de los lectores al discurso desarrollado. Así, el propio Eisner (pág. 57) afirma: «la indagación cualitativa, como las aproximaciones a la investigación cuantitativa convencional, es en última instancia una materia de persuasión, de ver las cosas de una manera que satisface, o es útil para los propósitos que nos señalamos».

Otro aspecto es cómo (re)presentar los contenidos de la investigación, de modo que pueda ser mejor comprendido. Con el postestructuralismo y postmodernismo se ha llegado a lo que Hammersley (1995) llama un «radical textualismo»: poniendo en cuestión que los fenómenos sociales existan independientemente de sus representaciones en textos, éstos se construyen mediante las estrategias desplegadas en los textos que los representan. Este textualismo radical aboga por modos experimentales de escribir historias, como «bricolaje» o «collage» de textos, hasta llegar a la ficción. Es este otro aspecto que afecta a la investigación narrativa.

Se podría, por tanto, plantear si el modo más adecuado de presentación de narrativas sea precisamente una nueva narrativa (de investigación), por ejemplo una novela (Eisner *et al.*, 1996). En cualquier caso se precisa una «transformación» de las experiencias vividas o las historias contadas desde el plano personal al informe público. La forma ortodoxa (reducción a lenguaje proposicional y tablas numéricas) es evidente que se torna problemática para informar de la investigación cualitativa, donde las voces tienen que estar en el escrito, por lo que se puede acudir a formas alternativas de representación. En primer lugar nosotros contamos historias, que pueden ser (re)presentadas de muy diversas formas: novelas, vídeos, diagramas, matrices, etc. ¿Cuáles son las formas válidas (es decir, aceptadas) de presentación? —Es una decisión que depende, en último extremo, de las que son admitidas por una comunidad científica. Pero reducir cuantitativamente las dimensiones cualitativas de la experiencia ha empezado a tornarse problemático.

Más allá de aspectos particulares en este debate, la cuestión última —como ejemplifica la interesante discusión entre Howard Gardner y Elliot Eisner (Eisner *et al.*, 1996)— es si la investigación educativa es un saber disciplinado, y —por tanto— debe hacerse de acuerdo con los patrones de investigación y presentación de las disciplinas. Eisner defiende que, si bien la narrativa novelada no es el mejor vehículo de representación para todos los problemas educativos, puede ser un modo válido en otros, con tal de que se base en un trabajo de campo exhaustivo y sistemático. Lo relevante es que sea fruto de una investi-

gación, y ésta no es una clase de la ciencia, sino la ciencia una especie de investigación. Por tanto, si la presentación narrativa es fruto de una investigación seria, no habría especiales problemas en admitir un relato narrativo como informe científico.

Cualquier forma de representación alternativa puede ser empleada, dice Eisner (1997), con tal de que ponga en escena mejor la experiencia e incremente la comprensión. Algunas formas alternativas de representación tienen, entre otras, estas ventajas:

- (a) Proveen un sentido de particularidad (carácter individual, cualidades distintivas, autenticidad) que las abstracciones impiden.
- (b) El material presentado en estas formas alternativas suele ser más evocativo que denotativo, al presentarlo en un texto más abierto a múltiples interpretaciones, lo que le aporta una «ambigüedad productiva».
- (c) Los nuevos modos de representación amplían nuestros modos de ver y de abordar los problemas, incrementando las cuestiones que podemos responder.
- (d) Los modos cualitativos de representación posibilitan, en mayor grado que los cuantitativos, la creatividad del investigador y sus cualidades individuales.

Sin embargo, también tienen sus peligros. Si el objetivo de las ciencias sociales convencionales era reducir la ambigüedad e incrementar la precisión, algunas de estas formas alternativas no proveen precisión. Y si bien la ambigüedad puede ser productiva, también da lugar al «síndrome de Rorschach»: cada uno puede conferir un significado idiosincrático a los datos, impidiendo un cierto consenso. Nos importa, además, cómo el informe presentado es usado, para lo que es preciso proporcionar un amplio contexto en el que se sitúa el caso.

En tercer lugar, la elaboración y presentación del informe plantea la cuestión de la *autoría* de la investigación biográfica. Como, desde la antropología postmoderna, ha resaltado Clifford (en Geertz, 1991), «los datos constitutivos en condiciones discursivas y dialógicas, solo pueden ser objeto de apropiación en una forma textualizada. *El texto, a diferencia del discurso, puede viajar*» (pág. 157). Al convertir el discurso hablado en la interlocución en texto, se efectúa —al tiempo— una operación de *apropiación por el investigador*, que puede ahora —lejos de la situación interactiva de comunicación entre personas— interpretar los

a su modo, en una «autor-idad» que le despoja de la autoría. El texto pertenece al investigador, las «voces originarias» se convierten en textos anónimos entrecuillados. Estas reflexiones llevan a cuestionar seriamente la separación entre investigador/investigado, y a reconocer la autoría plural o polifónica del relato de investigación, a compartir —en otros casos— dicha autoría. Como hace tiempo sugirieron Kushner y Norris (1990: 124):

Compartir la autoría puede ser una aspiración atractiva porque ofrece la oportunidad de ampliar el rango de teorías y significados y, de paso, ofrecer a los participantes la dignidad de contribuir a teorizar sobre sus mundos. Más aún, solamente a través de compartir las producciones de significado podremos mejorar una comprensión significativa del hacer de la escuela y la educación. El negociar los significados con los implicados en la investigación les introduce en el rol de colaboradores.

La autoridad (autoría) monológica del texto del investigador, que construye una representación privilegiada de las voces, empieza a desestabilizarse. Atribuir un determinado significado, autorizado como correcto por el investigador, se cuestiona para reivindicar la voz (y autoría) del autor en el informe mismo de investigación. Las voces de los profesores no solo han sido silenciadas por las reformas políticas sino también, por lo que nos concierne, por la propia investigación educativa. Así, la estrategia del empleo del seudónimo, aparte de posible medida de precaución ética, contribuye implícitamente a este silencio y a expropiar —de este modo camuflado— la voz del profesor. Si la persona biografiada no pide explícitamente que se silencie su nombre real, hacerlo de antemano es un modo sutil de negar su identidad; al tiempo que el investigador practica una apropiación indebida de su discurso. Por eso es saludable que M. Catani (1982), en una autoría plural, firme su magistral obra conjuntamente con la narradora de la historia de vida (la tía Susana Mazé), o que hiciera lo mismo Pineau con Marie-Michèle. El nuevo movimiento en la investigación narrativa se dirige, por eso, a presentar a los profesores por ellos mismos. En lugar de la re-presentación que académicamente se ha hecho hasta ahora, puede —con los problemas ya reseñados— ser un medio para entender mejor la vida y trabajo de los profesores.

Goodson ha hablado de la *colonización académica* que se suele hacer en la investigación narrativa de las historias de los profesores y profe-

soras: utilización para propósitos decididos, prefijados, y –sobre todo– a beneficio de los investigadores. Por lo demás es un problema común con la antropología, como ha descrito Geertz (1989):

lo que en otros tiempos parecía solo una dificultad técnica, poner «las vidas de quien se investiga» en «nuestras» obras, ha pasado a ser un asunto moral, ético, político, e incluso epistemológicamente delicado (...). Los antropólogos se han visto obligados a añadir a su preocupación reciente si es «honrado» lo que están haciendo y se preguntan quiénes somos «nosotros» para describirlos a «ellos».

TERCERA PARTE

**APLICACIONES: FORMAS Y USOS
DE LA NARRATIVA BIOGRÁFICA**

El *giro narrativo* supone un cambio significativo en los modos como los investigadores encaran el estudio de la educación. Hay aquí una alteración tanto del lugar donde se dirige la mirada, las percepciones, la perspectiva; como de los valores que dirigen la investigación y el lenguaje en que deba expresarse. En primer lugar, la investigación biográfico-narrativa puede ser, como hemos visto, un enfoque y metodología de investigación; pero también su ejercicio puede ser una práctica transformadora, al servicio de una pedagogía crítica. Como práctica reflexiva, constituye un espacio y lugar para analizar las limitaciones de la experiencia vivida, puesta al servicio de la asunción y reconstrucción crítica de la vida en el futuro. Al tiempo, como ya se ha destacado, es un poderoso instrumento para rehabilitar las voces de los profesores y profesoras, largamente silenciadas cuando no instrumentalizadas o manipuladas. Como ha señalado Goodson (1992: 10):

El proyecto de estudiar las vidas de los profesores como un intento de generar una contracultura que pueda resistir la tendencia de «retornar a los profesores en la sombra», una contracultura basada en un modo de investigación que toma seriamente a los profesores y que otorga toda su relevancia a la «voz de los profesores», un grupo ocupacional que ha sido históricamente marginado.

Las narrativas permiten –por un lado– que los agentes se hagan visibles por sus propias voces, en las que manifiestan y analizan el contexto y relaciones de poder en las que se desarrollan sus vidas. Por otro, los profesores pueden reconstruir e interpretar sus narrativas personales para generar un conocimiento sobre las influencias teóricas y personales que guían sus prácticas, motivando –dentro de una praxis reflexiva– la transformación de sus prácticas docentes. La referida reconstrucción narrativa (y posterior devolución y discusión conjunta) de historias de vida, posibilita la reflexión crítica e informada sobre el centro, su cultura, su desarrollo, desde la perspectiva de sus actores, potenciando el desarrollo profesional y organizativo.

Con un carácter más *práctico*, esta Tercera parte se dedica a presentar un panorama de los *principales campos* en los que se ha empleado la investigación biográfico-narrativa, delimitando las orientaciones más relevantes que ha tomado. El último capítulo, más extenso, expone los principales tipos de diseño (único, paralelo y cruzado) de narrativas, y ejemplos de investigación que hemos realizado.

CAPÍTULO 7

CAMPOS DE INVESTIGACIÓN BIOGRÁFICO-NARRATIVA EN EDUCACIÓN

El carácter multifuncional de la narrativa hace que pueda ser aplicada a distintas áreas educativas o temas de estudio. En este capítulo vamos a describir algunos de los principales campos, en los que se ha aplicado la investigación biográfico-narrativa, mostrando los enfoques, formas y usos que se han hecho. En todos ellos, el sentido de lo que sea el currículum, la profesión y su identidad profesional o el centro educativo, depende de las historias que se cuentan de ellos, y de las múltiples dinámicas reflexivas e interpretaciones que pone en marcha compartir dichos relatos (Figura 19).

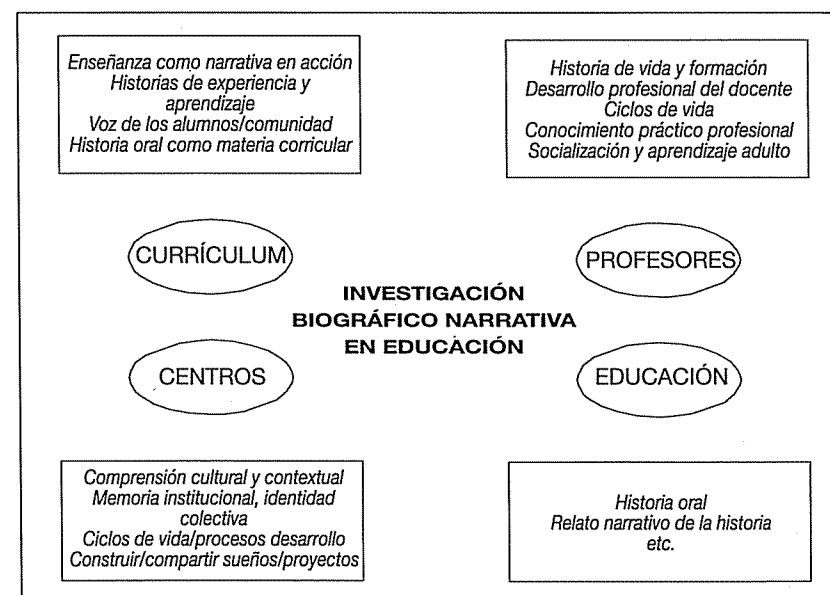


Figura 19: Principales campos de investigación.